

Como el espíritu necesitaba axiomas que pusiesen término á sus ardientes dudas sobre problemas tan palpitantes como el del origen y el destino del hombre; como la conciencia reclamaba preceptos que fundamentasen y aparejasen de segura é indefectible sanción el deber, y como el corazón anhelaba oasis de ventura para sus congojas, reposo para sus fatigas y dulces asideros en su angustiada desesperación, así el arte y muy principalmente el arte de la palabra, convencido ya de impotencia ante la tiranía de los Césares; mudo, tembloroso y hasta avergonzado lo mismo en el Areópago y en el Pórtico que en el Senado y en la tribuna de los Rostros, apenas exhalaba ya, al empezar á difundirse el Cristianismo, con su inagotable caudal de vida, de energía y de heroísmo, sino las quejas lastimeras de un Séneca, los perfidos despectivos y amargos de un Tácito, los epigramas punzantes de un Marcial y la sarcástica carcajada de un Lucrecio. Era, señores, que la elocuencia, sin el viril aliento que sólo pueden darle la honda convicción y la esperanza cierta; sin el ideal que como arquetipo de belleza sólo se levanta en los asuntos en que para nada ó en muy secundaria parte se mezcla la miseria humana, porque sólo en ellos no respira, por explicarme así, nuestro entendimiento, esa atmósfera caliginosa de la materia, verdadero sepulcro del genio; desengañada de sus efímeras glorias; roto su débil cetro á las plantas de todos los tiranos á cuyos oídos más de una vez había regalado con la sonoridad y escultórica redondez de sus períodos, tenía que hacer plaza á la palabra segura, firme y severa de los apóstoles, al vigor incontrastable de la Apolo-gética cristiana, á los acentos enérgicos y dulces á la vez de un Tertuliano, á la unción de un San

Ambrosio, á la poesía arrebatadora de un Crisóstomo, á la enseñanza teológica de un Orígenes y á la dialéctica invencible de un San Agustín.

Y así fué, señores, como sin duda lo habréis comprobado en vuestros estudios históricos y tendremos más de una vez ocasión de recordarlo en el desenvolvimiento de este curso que haremos juntos, pues él nos obligará á comparar frecuentemente las más elogiadas bellezas de la oratoria clásica con las incontables sublimidades de la predicación cristiana. Ya las más vigorosas inteligencias de la antigüedad lo habían conocido, comprendido y demostrado, en su íntimo convencimiento de que la verdadera belleza, alma del arte de la elocuencia, no se encontraba ni podía encontrarse en las solas cosas de la tierra. Así, desde que la filosofía griega empezó á tener en Sócrates una clara noción del alma humana, se esforzó en explicar lo bello. Este sabio, en las *Memorables* y en el *Banquete* de Xenofonte, enseña á sus discípulos, no sólo que los dioses son invisibles y que el hombre tiene una alma invisible también, sino que el alma es más bella que el cuerpo, que los dioses aman á las bellas almas y que los verdaderos artistas son aquellos que producen seres animados y con la facultad de pensar y de obrar. Al pintor Parrasio le dice que el objeto de su arte es representar lo que hay de más amable en el modelo, es decir, el carácter de su alma, y al estatuero Cliton le muestra que la escultura debe poner la amenaza en los ojos de los combatientes, la alegría en la mirada de los vencedores; servirse, en una palabra, de las formas para expresar las acciones del alma.

Platón, discípulo de Sócrates, no se detuvo, al buscar la fuente de la belleza, en la sola contem-

plación del alma humana. Su poderoso génio, que logró más de una vez cernerse en las ceruleas alturas de lo infinito ideal, no podía como su maestro, al fijar la noción filosófica del arte, contentarse con la imitación, aunque fidelísima de nuestra naturaleza moral, más allá de la cual sus telescópicas pupilas habían alcanzado á descubrir como nos lo dice en el Fedón: «esa belleza primera que por su presencia hace bellas las cosas que llamamos bellas, de cualquier manera que esta comunicación se verifique.» «Un discurso irreprochable, leemos en el FEDRO, un discurso claro, expresado en términos redondos y sábiamente acompasados, si es al mismo tiempo frío no merece el nombre de discurso bello, porque le falta el dardo de fuego: la inspiración. Ahora bien, esa inspiración fecunda tiene su hogar donde se enciende y ese hogar no es ni el deseo del goce sensual que degrada al sér que lo busca y al que lo da, ni el cálculo prudente, hábil y egoísta del interés personal que extingue todos los nobles sentimientos. Ese hogar es el amor. Pero ¿qué amor? El amor de Dios que es la verdad, la bondad, la justicia, la sabiduría y la belleza misma, y el amor de los hombres, como semejantes á Dios y para que aún se esfuercen en serlo más.» No podían hacer más preciosa confesión los labios de un pagano sobre cuya alma privilegiada parece que visiblemente habían descendido los rayos del Empíreo, en reconocimiento y loor de que la grande y verdadera elocuencia es y sólo es aquella, que desciñéndose de las ataduras de la tierra, despojándose de la pesada herrumbre de esta vida que la habían obligado á caminar triste y vacilante cual viajero en medio de noche tempestuosa, sin otra luz ni guía que los fugaces relámpagos de

incompletas verdades, se siente capaz de levantar la vista á lo más alto, á esas cumbres eternas donde moran la verdad y la belleza, á ese foco de inextinguibles resplandores, fero siempre de pie que jamás han de opacar las sombras de aquí abajo, á esa ciudad, en fin, que el águila de Hipona mirará extasiado, cuando abiertos sus ojos sobre la fealdad de sus primeros errores, reconozca que ella existe, esa ciudad más bella que el Olimpo griego, fuente inagotable de bienes sobre el mundo, cuyo inmortal destino es acercársele más y más como á gratisimo descanso de todas sus fatigas, cual á inacabable reparador consuelo de todos sus infortunios.

Sí, señores, la he nombrado ya reverentemente: la elocuencia cristiana, ejercitándose sobre verdades y esperanzas que el paganismo no pudo conocer, diviniza y ennoblece todo cuanto toca. Roma, heredera del Pórtico y del Liceo, había visto levantarse sucesivamente sus dos célebres Academias. En ellas agrupábanse todos los sabios; pero los humildes, los igno antes, el pueblo hambriento de bondad y de doctrina, quedábase á la puerta de aquellas escuelas; veía sin mirar; oía sin escuchar y de los cerebros que difundían el saber por el mundo, no brotaba ni un destello para el alma de la multitud. Pero sube una figura serena, majestuosa é incomparable, que yo como Leonardo de Vinci apenas me atrevo á bosquejar ante vosotros, temeroso de profanarla; sube, digo, sobre una montaña cerca de la ciudad de Cafarnau y allí, en medio de las anémonas silvestres, de los aromáticos asfodelos y de aquellos lirios cuya blanca veste había sido su admiración, pronuncia, lejos de los escribas, de los ricos, de los ancianos y de los jefes de la Sinagoga, el discurso más her-

moso que haya sonado en oídos humanos, más dulce para el corazón que la miel hiblea de los poetas áticos y más profundo por su sentido de nuestra vida que todos los tratados de derecho y de moral con que se engalana la ciencia de los hombres.

Desde entonces, señores, siempre que las pasiones se han encrespado en nuestra alma, tiñendo de rojizos y siniestros resplandores el horizonte de nuestras ideas; siempre que el orgullo se ha erguido en medio del mundo, desvaneciendo cerebros intoxicados por la avaricia ó por el despotismo y siempre que la sabiduría humana ha blasonado de sus sofismas y de sus victorias; para serenar las primeras, para acallar al segundo y confundir á la última, nada mejor ha podido inventar la elocuencia que ese *Sermón de la Montaña*, todo apacible luz é inagotable vida, todo ternura y consuelo, todo esperanza para los humildes y todo amargo castigo para los soberbios y los presuntuosos de la tierra.

He ahí, señores, cómo frases brevísimas, conceptos de la mayor sencillez; pero que expresan un amor que el mundo ni siquiera había vislumbrado y hacen alentar celestes esperanzas en nada parecidas á los sueños sensuales de la antigüedad, constituyen la pieza oratoria de más fondo y de más galana forma que hoy todavía podemos admirar, pues en esas *Bienaventuranzas* prometidas á la humanidad por el divino predicador no vemos como enseñanza para nuestros errores, la razón que extravía, ni como consuelo para nuestros sufrimientos la generosidad que engaña, sino ese mismo amor, ese amor inmenso del Hombre-Dios, que ya derrama lluvias de bendiciones sobre todos los dolores, asegura justicia á todas las

víctimas de la maldad y da alientos á los corazones desfallecidos, como instituye deberes para los grandes de la tierra, desilusiona á la opulencia engreída con sus tesoros, desarma á la venganza y apaga los odios, que la divina palabra, señores, sin desconocer las terrestres ansias de ventura, extiende á nuestra vista, como único término para su sosiego, el grande, el brillante y eterno panorama del Cielo.

Esa es la elocuencia cristiana, señores, bella por sí misma, por su fondo de diáfana claridad, que trasciende al exterior de la forma, la cual se eleva y se sublima por necesidad, al sentirse penetrada por los potentes rayos de las divinas ideas.

La palabra de Jesús es, sin duda, el más acabado modelo de la elocuencia sagrada; pero los siglos por venir, después del que la escuchó, verán imitaciones dignas de ese gran ejemplo, al difundirse por el mundo las enseñanzas del maestro incomparable, cumpliéndose así las promesas evangélicas. En la larga serie de predicadores y apolo-gistas desde los Padres Apostólicos, hasta nuestros días ¡cuánto, señores, tenemos que admirar, cuánto que esforzarnos en imitar, qué exposiciones tan relampagueantes en sublimes toques, qué valentía en la defensa del dogma, qué unción en la alabanza de las virtudes cristianas, qué energía en el combate, qué amor en el panegírico!

Os lo decía antes: la elocuencia cristiana se distingue principalmente por esa cualidad de lo sublime, verdadera centella de la Divinidad caída muy de tarde en tarde sobre la palabra humana. El mundo no empezó á habituarse, por explicarme así, á lo sublime, sino desde que oyó la oratoria de la Cátedra Sagrada esparcir sobre los pueblos la luz sin eclipses de las verdades evangélicas.

cas. ¿Cómo podría ser de otra manera, cuando lo propio del Cristianismo es levantar al hombre constantemente hacia Dios, como lo propio de las religiones antiguas es hacer bajar constantemente á Dios hasta el hombre? Allí, donde Pericles, gloria y admiración de su siglo, no mostraba sino pesares y lágrimas, sobre las tumbas, el orador cristiano hace descender de lo alto de los cielos raudales de eternas esperanzas. Ciceron no osaba prometer á los muertos y esto sólo á los ilustres, sino el recuerdo en la memoria de los vivos, y el más humilde de nuestros sacerdotes puede pronunciar sobre cualquier ataúd una palabra que simboliza todas las inmensas aspiraciones del alma: «inmortalidad.» Los antiguos agotaban el ingenio, sin conmovér jamás el corazón, al hablar de la naturaleza de los dioses; pero ¿qué alma no se siente abismada al oír á Fenelon que dice: "Yo os habia perdido de vista por poco tiempo, ¡oh tesoro mío! oh unidad infinita que sobrepasas á todas las multitudes! Yo os habia perdido, lo cual era peor que perderme á mí mismo! Pero os vuelvo á encontrar con más evidencia que nunca. Una nube habia cubierto mis débiles ojos por un momento; pero tus rayos, oh verdad eterna, han roto esa nube. No, nada puede llenar mi idea como tú, oh Unidad, que eres todo y delante de quien todos los números acumulados no serán nunca nada! Yo vuelvo á verte y me llenas plenamente. Todos los falsos infinitos, puestos en tu lugar, me dejaban vacío. Yo cantaré eternamente desde el fondo de mi corazón. ¿quién es semejante á tí?"

Así, pues, señores, este arte de la palabra que mi incompetencia ayudada solo por una decidida voluntad, viene á enseñaros, lo tenéis ya en gran parte adquirido por el particular y elevado carác-

ter de vuestros estudios. En ellos, en la contemplación asidua de esas verdades que esparcen belleza incomparable, luz celestial y cadenciosas armonías sobre todo lo demás, tenéis los mejores elementos para la elocuencia con que debéis llenar una de las más grandes obligaciones del Sacerdocio Católico. Sentir, amar y deleitaros con las divinas enseñanzas, he aquí lo que debéis hacer. Con esto, ya sea que dogmaticéis como Laccordaire y Monsabré; ya sea que refiráis los trastornos de los Estados y las causas profundas de las revoluciones como Bossuet; que vertáis lágrimas sobre una joven muerta en medio de las pompas del mundo como Massillon ó arenguéis al pueblo, excitándolo á la caridad en nombre de Jesucristo como el abate Bridaine; estad seguros de que, armados de todas las verdades de la Religión y de la Moral, agrandaréis la palabra humana, sobrepasaréis al orador antiguo, porque á su imaginación más audaz sustituiréis un entusiasmo más elevado, una fecundidad más original, una vocación más alta y sobre todo un amor más puro.